

Habiéndose desgarrado poco antes del oca-
so, el denso velo de vapores que nos envolvía
hacía tres días ya, descendían los rayos del
sol sobre el mar como si un enorme rubí,
arrojase en las aguas tranquilas un haz de des-
tellos purpurinos que cegaban; parecía que un
torrente de lava encendida corriera á incendiar
el *Galileo*. Y cuando el sol tocó en el horizon-
te, las nubes, encendidas de los más pomposos
colores, comenzaron á transformarse lentamen-
te, presentando mil formas maravillosas, que
nos tenían con la boca abierta, embelesados
con sus cambios:—¡Qué lástima!—exclamába-
mos todos, como si se desvaneciera un sueño
encantador. Aparecían montes de oro, de don-
de se precipitaban ríos de sangre, fuentes in-
mensas de metales en fusión, pabellones subli-
mes, resplandecientes por debajo con una luz
tan celestial, que al fijar en ella la mirada, la
mente vacilaba un momento, esperando con
sentimiento de ansiedad, la última visión de
Dante: los tres círculos de tres colores y de un
sólo contenido, la efigie humana, ante la cual

faltó fuerzas al alta fantasía.



X

EL DORMITORIO DE LAS MUJERES

Y mar, mar, y siempre mar. Era cosa de
pensar si las tierras habían desaparecido
de la superficie del globo, y si navegábamos so-
bre el océano universal, sin arribar nunca á
punto alguno. No eran ya las aguas amarillen-
tas de los días anteriores; sino el cielo blanco,
el sol blanco, un mar que parecía una inmen-
sa chapa de plomo, y sobre el vapor, todo
cuanto se tocaba, abrasaba. Y no era lo peor el
calor ardiente; era el tufillo de aire corrompi-
do y enfermizo el que desde la puerta abierta
de los dormitorios de los hombres subía á bo-
canadas hasta la cubierta; un olor tan hedion-
do que daba compasión el considerar que pro-
cedía de humanas criaturas, y espantaba pen-

sar lo que hubiera sucedido si estallaba á bordo una enfermedad contagiosa. Y, sin embargo, nos aseguraron que no iban más pasajeros que los que la ley consiente que se embarquen en relación con el espacio. ¡Eh, qué importa si no se respira! La ley es injusta. Permite que se ocupe sobre los vapores italianos un espacio mayor casi en una tercera parte de lo que se concede á los vapores ingleses y norte-americanos; y no está allí presente para comprobar si el estado que las autoridades dan como bueno á la salida, se mantiene luego durante todo el viaje; impidiendo, por ejemplo, que se embarquen en otros puertos más pasajeros que los sitios vacantes que restan, y que se metan pasajeros sanos en lugar reservado á los enfermos, y que se improvisen dormitorios al aire libre... ¡Cuánto queda por hacer todavía en estos hermosos vapores que el día de la salida se ven relumbrar como palacios de príncipes!

¡En casi todos ellos los marineros y fogoneeros están como perros, la enfermería es un escondrijo, los lugares que debieran estar más limpios dan horror, y para mil y quinientos viajeros de tercera clase no hay ni siquiera un baño! Y digan lo que quieran los higienistas que han fijado el número necesario de metros cúbicos de aire, la carne humana va demasiado amontonada; y el que antes se hiciera peor, no

excusa; todavía hoy es una cosa que da compasión y produce ira.

Entre tanto, según iba elevándose la columna termométrica, crecían para el comisario las ocupaciones y los fastidios; y principalmente de parte del dormitorio de las mujeres, donde tenía que bajar á menudo de día y de noche para restablecer el orden y velar por la limpieza. Aun sin tener en cuenta otras ocupaciones, este espectáculo obligatorio, hubiera sido bastante para apartar de semejante cargo á cualquiera persona honrada. Imagínense dos pisos bajo cubierta, con dos vastísimos almacenes, iluminados por una luz de bodega, y en cada uno de ellos tres órdenes de nichos puestos unos sobre otros, todo alrededor por las paredes y en el centro, y allí, cerca de cuatrocientas personas entre mujeres y niños de pecho ó ya destetados, y treinta y dos grados de calor. En un nicho bajo veíase durmiendo una mujer en cinta, con un niño de dos años, sobre ella una vieja setentona, y sobre ésta una jovencilla en la flor de su edad; más allá extendíase una calabresa junto á una señora que había caído en la indigencia; más adelante una aventurera de ciudad, que se daba coloretos en la oscuridad, codeándose con una campesina temerosa de Dios, que dormía con el rosario entre las manos. Visitando los dormitorios de noche, se

veían colgar de los camarotes cabelleras grises, trenzas rubias, fajas de niños pequeños, horribles canillas seniles y bellas piernas de muchachas; y un montón harapiento de mantones, vestidos, faldas de todos colores, naturales y adquiridos, imaginables y posibles, como banderas del ejército infinito de la miseria; y sobre el entarimado, una confusión de botinas, zuecos, zapatos viejos, ligas, botitos, calcetas, que hacía pensar con angustia en el sinnúmero de cuestiones y de camorras preparadas para el día siguiente á la hora de levantarse. Muchas mujeres no dormían.

El comisario avanzaba acompañado de mil desordenadas conversaciones, interrumpido por risas comprimidas, por llantos de niños, por suspiros de muchachas, por gemidos de mujeres ahogadas de calor, y murmullos de viejas que, no pudiendo cerrar ojo, masticaban *padre-nuestros* y *avemarías*. De vez en cuando era llamado por una mano ó por una voz muy queda, que le obligaba á inclinarse ó á levantarse sobre la punta de los pies para escuchar un lamento ó una protesta.—Señor comisario—le decía una al oído—ponga usted remedio: hay una muchacha en el número 25 que es un escándalo; tengo aquí debajo dos muchachillos; dígame que esté, como es debido: ¿en qué lugar estamos?—Otra quería que les advirtiese á las dos veci-

nas de encima que no sacasen los pies fuera y que hablasen con decencia. Las viejas, especialmente, lo atormentaban en pro de la buena moral, y denunciaban con gran rabia y gran misterio á las culpables.—Piense en ello usted, señor comisario. Ustedes no ven nada, perdone. En el número 77 está aquella rubia que todas las noches sale envuelta en la manta y no vuelve hasta las cuatro. Es una indecencia que debe concluir.—Otras pretendían cambiar de lugar, porque les había tocado una vecina asmática, ó porque la muchacha que tenían al lado, sin duda, esparcía un olor á almizcle que volvía tonta la cabeza. A todas tenía que aquietarlas:—Veremos, ya procuraré, dormid entretanto, tranquilizáos y no os impacientéis.—Y así, avanzando al pálido resplandor de los faroles, tropezaba con madres dormidas que oprimían á sus hijos contra el pecho, respirando afañosamente, con la cara contraída por un sueño doloroso y lleno de espanto; senos juveniles no descubiertos por casualidad; bocas sin dientes entreabiertas en el sueño, como si gritasen; ojos que brillaban en la sombra con una sonrisa que hacía una oferta.

Y á veces, en las galerías, encontraba caras sospechosas, que inmediatamente eran sometidas á un interrogatorio.—¿Dónde vais á estas horas?—Arriba (naturalmente) por una

necesidad.—¿Con esos ojos tan llenos de pasión? Cinco minutos tenéis nada más, y luego os tomaré el pulso.—Un poco más allá deteniéndose á hacer una amonestación;—¡Os lo advierto por última vez; si mañana no os mudáis la camisa, os la hago trizas! ¡No os da vergüenza?—Y la reprendida algunas veces respondía la verdad, desgraciadamente:—¡No tengo otra, señorito!—Y adelante, de galería en galería; en un lado ponía sobre el colchoncillo la cabeza de una niña desnuda que salía demasiado fuera; en otro, hacía callar á dos comadres charlatanas que se insultaban en voz baja por una cuestión que había surgido durante la mañana al repartirse la galleta; cuatro pasos más abajo, animaba á una pobre mujer sola que, dominada por la melancolía, lloraba sobre la almohada, diciendo que tenía el presentimiento de no encontrar ya á su marido en América. Y á fuerza de pasar y repasar, conocía el modo de dormir de todos.

La boloñesa, que estaba acostada de lado, tocaba casi con su anca enorme en el nicho de encima: la bella campesina de Capracotta se revolvía como una ardilla; aquel par de atufadas de coristas dormían con las piernas y los brazos caídos de un lado y de otro, como los palos de una X; y la señora «decaída» se había extendido encima el pobre vestido de seda

negra, como paño fúnebre de su antigua fortuna.

La más hermosa y tranquila también en el sueño era la muchacha genovesa, que reposaba descuidada, estirada, tapada enteramente, como una estatua de reina extendida sobre su tumba de mármol. La vista de todas aquellas miserables vejees, de todas aquellas madres sin pan y sin hogar, durmiendo sobre el Océano, á miles de millas de la patria abandonada y de la tierra prometida, alejaban de la mente todo pensamiento sensual, aun delante de tantas desnudeces ostentadas ó inconscientes que se ofrecían á los del sobrecargo. Pasaba por allí como el médico por el hospital, no menos inaccesible á todo género de tentación de lo que lo fuese aquel pobre viejo desmadejado de marinero, que le acompañaba con la linterna en la mano. ¡Infeliz jorobeta! Para él, que no iba protegido por la dignidad del cargo, el oficio era bastante más duro; tanto más, cuanto que apenas salía el comisario, se quedaba solo en el dormitorio, con el cubo del agua y el jarro, á disposición de todas las sedientas.—*Ven acá, viejo*—*¡A mí, hombre de perdición!*—*¡Agua!*—*¡Agua!*—*¡Agua!*—esto, en todos los dialectos de la madre Italia.

A su presencia disputaban en alta voz, burlándose del reglamento, y se reían de él; y cuando las reprendía, le replicaban en toda re-

gla; alguna, por desprecio, le enseñaba la cara donde se dan las bofetadas con el pie; al levantarse, sobre todo cuando se trataba de pescar la ropa en medio de aquel barullo, le hacían perder la cabeza, y entonces escapaba á correr huyendo como de un enjambre, y se refugiaba sobre cubierta, sudando y afanoso. Y precisamente aquella mañana, á la hora crítica, lo encontré delante de la puerta del dormitorio, con el alma angustiada. —¿Qué hay?— le dije,—os ponen la sangre verde, ¿no es verdad? — ¡Ah! me respondió, arrojando con desaliento los adminículos de su oficio. — ¡No puedo más!—¿Y pasa esto en todos los viajes?—le pregunté. — ¡Ah no, gracias á Dios!—replicó. — Hay viajes,... á veces por casualidad, cae una carga de buenas mujeres. Otras veces.... ésta, por ejemplo, que es una avalancha de mujeres sin educación, una verdadera carga de calamidades. — Luego, recomponiendo su filosófica apostura y levantando el índice, me dijo confidencialmente al oído: — Oiga, no se case. Y volviéndome la joroba, se fué.

*
**

En esa misma mañana había ocurrido en el dormitorio un gran escándalo, que no llegó á

mis oídos hasta más tarde, estando con el comisario en el puesto del comandante, viendo la grandanza de las muelas de mediodía; asemejábase al espectáculo que se presencia en ciertas fiestas de santuarios campestres, donde se reúnen cien familias á merendar en la pradera al aire libre: una confusión como de campamento; multitud de grupos de hombres, de mujeres, de muchachos, sentados, arrodillados, acurrucados en mil diferentes posturas, en alto, en bajo, sobre todos los salientes y en todos los agujeros, con los platos en la mano, entre las piernas y sobre los pies, con las cabezas cubiertas con pañuelos, con delantales, con gorros de papel, con las faldas remangadas, hasta con cestillos, con objeto de librarse del sol que quemaba; y en medio de los grupos, entre la hostelería y las cocinas, un ir y venir presuroso de innumerables cabos de rancho, con panes bajo el brazo, con los jarros y las escudillas en la mano, perseguidos por mil ojos, llamados por mil manos, apostrofados por mil bocas. Junto al sobrecargo estaba el garibaldino, contemplando la multitud con reposada y nada benévola mirada, y á su derecha la señorita de Mestre y la tía, apoyadas en la borda, preocupadas, observando á la muchacha genovesa, que estaba debajo. Esta cortaba la carne al hermano, daba de beber á su padre, y ofrecía á otras dos mujeres y á un muchacho, que per-

tenecían á su rancho, ora un objeto, ora otro, con la gracia de siempre; pero no con la acostumbrada serenidad. No comía y le temblaban las manos.

La señorita observó que tenía los ojos encendidos, y temiendo que fuese por haber llorado, preguntó al comisario si sabía por qué.

Lo sabía, é hizo relación del suceso. De aquel enjambre de odios que por varios días le habían silbado al oído, habíase finalmente levantado una cabeza que le había mordido en el corazón. Al volver á bajar aquella mañana al dormitorio, después de haber acompañado sobre cubierta á su hermano, se encontró con una multitud de mujeres aglomeradas delante de su camarote, donde había pegada con miga de pan una tira de papel cortada de un periódico indecente, en la cual habían escrito con lápiz en gruesos caracteres una docena de palabras. Apenas lo leyó, se echó las manos á la cara prorrumpiendo en amargo llanto. Era una docena de adjetivos desnudos y crudos, que se pueden imaginar pero no escribir. Entonces las mujeres que allí estaban, que no habían pensado en arrancar el papel, diéronse á consolarla á su manera, y una de ellas, por encargo de una tercera, le sopló al oído el nombre de la culpable, una bribona vil, una hedionda; había pegado aquella infamia á la escapada, en un momento en que

en el dormitorio no había casi nadie, pero no tan de prisa, sin embargo, que no la viera un muchacho que parecía estar durmiendo, que fué el que contó la cosa á su madre.—Llevalle el papel al comandante—le decían.—Haced que el comisario la llame.—La pondrán presa.—La pondrán en berlina en el puente.—La condenarán en el tribunal de América.—La genovesa despegó el papel sollozando, y se estuvo esperando á que pareciese la calumniadora. Bajó ésta al poco rato, y era la bizquilla casposa de pelo rojo, encaprichada del escribanillo y celosa como una bestia. Al oír:—Allí viene, la genovesa, corrió á su encuentro, seguida de las comadres, hambrientas de presenciar una escena de mal género. Ella se había puesto pálida, levantando la cabeza, sin embargo, en actitud provocadora.

Pero la buena muchacha no hizo mas que presentarle el papel, diciéndole con temblorosa voz:—¿Qué os he hecho yo? La rapidez con que la otra se apoderó y rasgó el cuerpo del delito era una confesión involuntaria, que hacía doblemente inútiles sus excusas. La genovesa, sin añadir una palabra más, subió turbada y llorosa otra vez sobre cubierta, y á nadie se quejó. Enterado el comisario del asunto, llamó á su oficina á la reo, que juraba y perjuraba que era inocente, contentándose por esto con amenazar-

la con los grilletes, y que para otra vez la arrojaría al fondo de la bodega, para que la royeran los ratas.

La señorita, que había oído la relación sin separar la vista de la muchacha, repitió lentamente, como para sí misma, con su acento veneciano:—¿Y bien, qué os he hecho yo?—Y los ojos se le llenaron de lágrimas.

El comisario había recogido algunas noticias sobre aquella muchacha y su familia. Era de Levante. Su padre, que tenía una tenducha de no sé qué cosa, por malos negocios se había decidido á ir á América, donde le llamaba un primo suyo que caminaba con fortuna; pero encontrándose sin una peseta, vióse obligado á retrasar la salida hasta el año siguiente; y el dinero para el viaje se lo había reunido, céntimo á céntimo, su hija, ora vendiendo todas sus bagatelas, ora asistiendo por la noche á una señora alemana enferma y planchando durante el día en los establecimientos de baños. Una gran señal negra que tenía en una mano, y que se veía desde el puente, debía de ser de una quemadura.

Fuese sospecha ó casualidad, en aquel punto levantó la cara, y, comprendiendo que hablabamos de ella, se puso encendida como la grana; pero, tranquilizada por la mirada dulce de la señorita, clavó en ésta sus grandes ojos azules,

aún humedecidos, sonriéndose. Bajó luego su cabeza para atender al hermano, y ya no vimos mas que el montón de oro de sus trenzas y el herrroso cuello sonrosado.

La señorita tocó con el abanico el brazo del garibaldino, y, señalándole la muchacha, le dijo con su voz dulce y triste:—He ahí la virtud, señores.

Esto fué para mí como una revelación sobre la naturaleza y fin de las conversaciones que debía sostener con él, y deseando ver hasta qué punto llegaba en su obra, me volví á mirar el semblante de su compañero; él habíase ya vuelto hacia el mar, donde todos los pasajeros de tercera clase, puestos en pie como á una voz, miraban, levantando gran vocerío.

* * *

Aparecía una vela en el horizonte sobre nuestra derecha. El oficial subalterno del despacho, que estaba de guardia, la había ya señalado hacía tiempo. No se veía mas que una manchita blanca de forma trapecial, coloreada por un rayo pálido de sol, en medio de la inmensidad gris; y un chubasco lejano, sirviéndole de fondo negro en el cielo y en las aguas, le daba una

blancura vivísima, al mismo tiempo que la hacía parecer cosa más mísera todavía, el semblante airado y amenazador del Océano.

¡Y, sin embargo, no es posible decir cuánta vida, qué imprevista alegría difundía en la soledad infinita aquella humilde enseña de la humanidad: como si el mundo habitado hubiera dado un gran paso hacia nosotros! El oficial hizo traer las banderolas del alfabeto náutico, y apuntó su anteojo. Cuando estuvimos más cerca el barco de vela saludó primero con la bandera.

El *Galileo* devolvió el saludo.

Entonces comenzó entre el vapor y el velero un precipitado diálogo, que el oficial traducía en alta voz para nosotros, y que los emigrantes seguían con los ojos en silencio como si lo entendieran.

Era un barco italiano detenido en aquel punto por las calmas ecuatoriales.

Lo primero que nos dijo fué el nombre del armador: Antonio Paganetti.

Luego: — procedente de Valparaíso y encaminándose á Génova.

—¿Cuántos días lleva de viaje?

—Dos meses.

—¿Y cuánto inmóvil?

—Dieciocho días.

—¿Qué poco! — exclamó el oficial.

— Suplico que comuniquen nuestra presencia al representante de nuestro armador en Montevideo. Ninguna avería. Todos buenos.

—¿Necesitan algo?

—Gracias.

—Buen viaje.

—Buen viaje.

¡Qué grande, veloz y alegre nos pareció el *Galileo* en comparación de aquel pequeño barco inmóvil, con diez ó doce hombres quizá de equipaje, condenado á flotar como una cosa muerta, quién sabe por cuánto tiempo aún, bajo los terribles rayos del sol ecuatorial! Con un sentimiento de compasión lo vimos empequeñecerse poco á poco, convertirse en un punto blanco y esconderse por fin detrás del horizonte; pero compasión egoísta, semejante á la que sienten los viajeros que desde los vagones amplios y cómodos de un tren que marcha á toda velocidad ven al pasar el carrujillo bamboleándose por fangoso camino del campo y arrastrado por tísico caballejo. De este contraste surgió una corriente de buen humor, que fué extendiéndose de proa á popa, y duró hasta la noche.

Aquel era el día de las novedades. Al comer, antes de sentarse, el comandante dijo en alta voz:—Señores, tenemos á bordo un pasajero más.

Muchos no comprendieron.

—Un hermoso niño—añadió— que apenas tiene una hora y tres cuartos, de edad.

Todos se alegraron riendo y comentando el hecho. Por una ligera alteración que noté en el semblante de la señorita de Mestre, comprendí que debía haber dado á luz la campesina de su pueblo.

—Ha nacido en el hemisferio boreal—coincidió el comandante;—pero le bautizarán en el otro. Mañana pasamos el Ecuador.



XI

EL PASO DEL ECUADOR

Al día siguiente, desde por la mañana temprano, no se hablaba á proa mas que de la novedad del niño y del paso del ecuador: del Ecuador, del *Icuator*, del *Cuador*, del *Cuator*, porque cada cual estropeaba la palabra á su modo.

*
* *

Del nacimiento hablaban principalmente las mujeres, ansiosas por saber si bautizarían al niño y cómo, quiénes serían el padrino y la ma-